

LA PASIÓN POR DIOS, CENTRO DE LA VIDA CONSAGRADA

Carlos Amigo Vallejo OFM (Arzob. De Sevilla)

Si es el primero entre los mandatos divinos, nada extraño tiene que todo cuanto se relaciona con Dios ocupe puesto principal en el interés de la humanidad. Buscar a Dios, conocer su rostro, caminar en su presencia, ha constituido, no sólo una preocupación de los hombres por saber el misterio de Dios, sino de conocer para amar, de mirar al Trascendente para honrarlo en un culto sincero, de ponerse en su voluntad y reposar en él. El deseo de Dios es fuego que abrasa en amores tan grandes que lleva a los hombres a dejarlo todo y a meterse en las más arriesgadas pruebas con tal de acercarse a su Señor.

Buscar a Dios no es ejercicio de simple razonamiento, ni de mero solaz para un momento pasajero de sentimentalismo. Dios seduce, quema en tal manera que la búsqueda se hace apasionada, no de atolondramiento, sino con la profundidad de; noble deseo, con el ardor de la caridad.

Estos son los que buscan a Dios y viven en su presencia (Sal 27, 8), puede decirse de eremitas y monjes, de vírgenes y religiosas, de hombres y mujeres, consagrados, en fin, que pusieron a Dios en el centro de su vida. Allí se encontraron con Jesucristo y, dejándolo todo, siguieron al que les decía: en esto consiste la verdadera vida, en que conozcáis a Dios y a su enviado Jesucristo (Jn 17, 3).

UNA VIDA DEDICADA A DIOS

Tu rostro buscaré, Señor, exclama el hombre desde los tiempos primeros. Después de tantos siglos, «la Iglesia responde también a ciertos deseos profundos, que trata de vislumbrar en el corazón de hombres de hoy: un nuevo descubrimiento de Dios en su realidad trascendente de Espíritu infinito, como lo presenta Jesús a la Samaritana; la necesidad de adorarlo «en espíritu y verdad», la esperanza de encontrar en él el secreto del amor y la fuerza de una creación nueva» (*Dominum et vivificantem* 2).

Simón el joven, estilista en el monte Admirable, se atrevía a decir que no había de esperar salvarse aquel que no hubiera visto a Dios en este mundo. Para ver a Dios, en contemplación y en el servicio de la caridad, el Espíritu movería el corazón de los mortales y «ya desde los orígenes de la Iglesia hubo hombres y mujeres que se esforzaron por seguir con más libertad a Cristo por la práctica de los consejos evangélicos y, cada uno según su modo peculiar, llevaron una vida dedicada a Dios, muchos de los cuales bajo la inspiración del Espíritu Santo, o vivieron en la soledad o erigieron familias religiosas a las cuales la Iglesia, con su autoridad, acogió y aprobó de buen grado. De donde, por designios divinos, floreció aquella admirable variedad de familias religiosas que en tan gran manera contribuyó a que la Iglesia no sólo estuviera equipada para toda obra buena (Cf 2 Tim, 3, 17) y preparada para la obra del ministerio en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo, sino también a que, hermo세ada con los diversos dones de sus hijos, se presente como esposa que se engalana para su Esposo, y por ella se ponga de manifiesto la multiforme sabiduría de Dios» (PC 1).

Acercarse a Dios es pasión de vida que conduce a la santidad, a tener el alma, iluminada por el Espíritu, en el hontanar de todos los manantiales del amor de lo divino y de las fuentes de una caridad sin límite en el amor fraterno.

UN INSACIABLE DESEO DE DIOS

Entre la gracia del Espíritu y la creatividad de la imaginación humana, hombres y mujeres buscaban a Dios: vírgenes y viudas, ascetas y eremitas, los cenobios y la vida monacal de oriente y de occidente... Lo importante era Dios, el encuentro con él, la consagración y la alabanza.

Mil modos diferentes se eligieron. Unos rayaron en lo extravagante. Otros quedaron en el formalismo. Pero de la vocación y de la intencionalidad no había duda: acercarse a Dios. Vivir «como los ángeles de Dios», en oración continua y en alabanza sin interrupción.

Dios y el mundo eran irreconciliables. Huir de la ciudad y refugiarse en el desierto. Buscar la soledad. Matar las pasiones. Acallar cualquier pensamiento o deseo que recordara la vanidad de lo creado. Una ascesis total de cuerpo y de mente. Se había salido del mundo. Todo tenía que ser distinto y nuevo.

La oración había de ser continua e intensa. Dejar que cayera la iluminación de lo alto sobre las tinieblas del hombre mundano y que lo sacara y vaciara de sí mismo. Contemplación, éxtasis y trance, todo en el acercamiento a Dios y la expresión de su presencia. Trabajo y obra de Dios. El pan de cada día y el alimento de la «lectio divina» como palabra de Dios que va llenando el vacío que dejan las ansias del hombre por encontrarse con el Absoluto. Admirable y dulce quietud *-apatheia-* con el triunfo de la libertad sobre cuanto pudiera esclavizar al hombre: deseos, cosas, temores... Apoteosis de un martirio ascético con el único deseo de agradar a Dios.

Agustín recuerda en la Regla que lo primero es tener “un alma sola en Dios y un solo corazón hacia Dios”. Y San Benito dice: por la «obediencia laboriosa retornar a Dios». Las *Costumbres* recuerdan que lo mejor de los Cartujos es «la quietud, la soledad, el silencio y el deseo de las cosas celestiales» (80, 11). *Exordium magnum* el de aquellos hombres que buscando a Dios llegaron a Cîteaux e hicieron del claustro escuela de caridad y desierto que separaba de los afanes terrenos, pero no de un amor bien asentado en la simplicidad la humildad, la desnudez y la caridad y regado por los ríos de la verdad la fortaleza, la sabiduría... (cf. *Gran Exordio*, Introducción).

La historia iba avanzando y cambiaban las situaciones y las personas, mas permanecía la Palabra. Y al poner los ojos en Dios, el Señor hacía que se volvieran a los hombres. «Quien dice que está en la luz y aborrece -advierde San Juan- a su hermano, está aún en la tinieblas. Quien ama a su hermano, permanece en la luz» (1 Jn 2, 9-10). Y los hombres entendieron que el deseo de estar cerca de Dios pasaba por el amor fraterno, por el servicio en la caridad a los hermanos.

LOS TIEMPOS NUEVOS

Las órdenes mendicantes llenaron los caminos y pusieron el evangelio donde se encontraban los hombres. Tiempo nuevo de renacimiento. Canónigos y clérigos regulares. Angela Merici (1474-1540), Juana de Lestonnac (1556-1640) y Mary Ward (1585-1645) van a protagonizar iniciativas sorprendentes. La mujer emprende, con inusitada originalidad, obras apostólicas hasta entonces, más que reservadas para los varones, casi vetadas para la mujer. «No prevé ni votos, ni clausura, ni casa propia de la comunidad. Estimula a sus miembros a asumir actividades apostólicas de todo genero, ocupándose de los pobres, asistiendo a los enfermos en sus domicilios, enseñando la religión a los niños abandonados, exhortando a los pecadores a penitencia, predicando en las calles y en la plaza pública» (R. Hostie. *Vida y muerte de las Ordenes religiosas*, 47). Así se habla del proyecto de vida de las Ursulinas. Con Juana de Lestonnac la mujer se incorporaba al apostolado de la enseñanza. Con Mary Ward, la defensa de la dignidad y de la libertad de la persona marcaría un hito en la vida de la mujer consagrada.

Son tiempos en los que Ignacio de Loyola (1491-1556), Juan de Dios (1495-1550), José de Calasanz (1557- 1648), Felipe Neri (1.515-1595) y Vicente de Paúl (1581-1660) se ocuparon del «bien del prójimo» que era buen camino para la honra de Dios. En la calle y en hospital se vivía una caridad henchida de amor a Jesucristo y a los desvalidos. La escuela se abre para todos. Con el Oratorio nacen las Sociedades de vida apostólica y con Vicente de Paúl la caridad se desborda en un amor incontenible a los pobres. El espíritu vicenciano quedara siempre vivo en las Hijas de la Caridad que han de «honrar y venerar a nuestro Señor Jesucristo como manantial y modelo de toda caridad» (*Reglas 1, 1*). Enseñanza, caridad, misiones, atención a la juventud, los pobres y los ancianos...

Los *Institutos seculares*, como levadura de Dios en el mundo, unen consagración y secularidad. Y, finalmente, las *nuevas formas de vida consagrada* que «manifiestan el atractivo constante que la entrega total al Señor, el ideal de la comunidad apostólica y los carismas de fundación continúan teniendo también sobre la generación actual y son además signo de la complementariedad de los dones del Espíritu Santo» (*Vita Consecrata 12*).

HACER DE LA PRESENCIA DE DIOS LA PROPIA CASA

Esta búsqueda de Dios, no es sólo una constante histórica, sino manifestación del Espíritu que, entre sus dones y carismas, regala esas ansias santas de meterse en el ministerio de Dios Padre y vivir allí un amor profundo que se desbordará en el acompañamiento fiel de Jesús. Hacer de la presencia de Dios la propia casa. Estar y vivir en ella. Gozar de la cercanía de Dios, oír su palabra, sentir la acción del Espíritu. Quien renuncia a su casa, a sus hermanos, a su hacienda y familia, tendrá el ciento por uno (Mt 19, 29). Se ha cumplido la promesa del evangelio: casa y familia de Dios es la que se concede al que dejándolo todo sigue a Jesucristo.

Todo ha quedado centrado y referido a Dios: llamada, consagración y entusiasmo misionero. Dios es garantía de autenticidad de la vocación y aval de ser por completo de él y de no tener otra preocupación que la misma gloria de Dios: a él sólo servir y honrar.

Si san Agustín quería alcanzar la verdadera sabiduría buscando a Dios, San Benito quiere hacer de la alabanza el trabajo más importante de la jornada. Todo ha de redundar en bien de la recuperación de la imagen que el hombre tiene de Dios. Todo se ha de ordenar y distribuir de tal manera que favorezca el encuentro con Dios.

Hombres y mujeres de Dios, amigos de Dios, enamorados de Dios, verdaderos *locos* por Dios que hicieron, con el ejercicio de la caridad, el milagro permanente de acercarse a las fuentes en las que el hombre podía beber el agua que saciaba su sed de Dios.

Dios no es algo, es el Todo, el Absoluto. Ningún pensamiento ha de distraer a la mente, ningún afecto podía anidar en un corazón colmado y rebosando del amor de Dios. De esa abundancia vivirá y será testigo, en obras y palabras, el consagrado.

Camino para encuentro es siempre la oración. Lo primero y lo imprescindible. No puede ser de Dios sino el hombre o mujer de oración. Esa admirable *apatheia* que ponía alas de libertad en todo para esclavizarse en una vida enteramente centrada en Dios.

Estos, los consagrados y las consagradas, son los que buscan sinceramente a Dios. Oyeron el mandato e hicieron de él regla suprema de su vida: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza» (Dt 6,4-5). «Jesucristo me amé y se entregó por mí» (Gal 2, 20). Después de oír todo esto, sucedió, una vez más, lo del relato evangélico: Y dejándolo todo, le siguieron.

CONTEMPLAR EL ROSTRO RESPLANDECIENTE DIOS

Al *icono* de la Transfiguración se refiere toda una antigua tradición espiritual, tanto de la vida contemplativa, como de la vida apostólica consagrada (VC 14). «Bueno es estarnos aquí» (Mt 17, 4). Estas palabras muestran la orientación cristocéntrica de toda la vida cristiana. Sin embargo, expresan con particular elocuencia el carácter *absoluto* que constituye el dinamismo profundo de la vocación a la vida consagrada: ¡qué hermoso es estar contigo, dedicamos a ti, concentrar de modo exclusivo nuestra existencia en ti! En efecto, quien ha recibido la gracia de esta especial comunión de amor con Cristo, se siente como seducido por su fulgor: Él es «el más hermoso de los hijos de Adán» (Sal 44/45, 3), el incomparable» (VC 15).

Este es el secreto y el deseo: contemplar el rostro de Dios resplandeciente, como el de Cristo en el monte de la transfiguración. «Ilumine Yavheh su rostro sobre ti y te sea propicio; el Señor te muestre su rostro y te conceda la paz» (Núm 6,25-26). Así es la aspiración y el deseo del buen creyente: ver el rostro de Dios. Por eso esta contemplación se considera como el gran favor de Dios, mientras que en el momento de la desolación se grita con amargura: ¿Por qué el rostro ocultas y me tienes por enemigo tuyo? (Job 13,24).

Ver el rostro de Dios equivale a entrar en los deseos, en las intenciones, en la voluntad, en el amor de Dios. Comunicarse con él, acercarse a la misma persona de Dios. El deseo se convierte en aspiración constante y en el ideal y meta permanente a la que llegar. Se busca para ver y, mientras no se realice el encuentro, no puede haber felicidad y quietud: «¿Quién me hará ver la dicha si me ocultas tu rostro?» (Sal 4,7). «¿Adónde iré lejos de tu espíritu? ¿Adónde puedo ir lejos de tu presencia?» (Sal 139,7). Por tanto: «buscad a Dios y su poder, id tras su rostro sin tregua, recordar todas sus maravillas, sus prodigios y los juicios de su boca» (2 Cron 16,11).

Transfigurada por esa aspiración y deseo, la persona consagrada realiza una peculiar *teofanía*, pues el rostro de Dios, benevolente y misericordioso, se manifiesta en el testimonio de la misma existencia consagrada a Dios y en las obras que se realizan. La misericordia hace ver el rostro del Misericordioso.

Cristo es el rostro del Dios vivo. Dios-con-nosotros. Quien ha visto Cristo, ha visto al Padre que le ha enviado (Jn 14, 9). El seguimiento y la identificación con Cristo hacen brillar el rostro del Señor en medio del mundo. Que quien os vea, pueda contemplar el rostro de Aquel al que seguís. Por tanto, id tras su rostro sin tregua (Sal 105, 4); que los corazones rectos contemplarán su rostro (Sal 11, 7). «Dichoso el pueblo que sabe aclamarle, que camina, Señor, a la luz de tu rostro» (Sal 89,16).

LA PASIÓN POR DIOS

No es tarea fácil la de poder encuadrar el término «pasión», tal como aquí lo venimos empleando, con los muchos conceptos a los que puede aplicarse. Ni es unívoca la relación entre la palabra y el contenido, ni puede reducirse a lo simplemente analógico. Por *pasión* queremos entender una existencia emocionada, que busca a Dios y lo ama mientras trata de encontrarse con él. Es tendencia hacia «lo más grande y sublime» y entusiasmo por vivirlo en lo más sencillo y cotidiano. Es ímpetu que hace salir de uno mismo y fervor que gusta de la intimidad en la que con Dios se habla. Es interés encendido y desprendimiento de todo. *Es la pasión por Dios*: un amor sobre todas las cosas.

Aquellos y estos hombres y mujeres consagrados, los de ayer y los de hoy, se lanzaban, con intrépido deseo, en busca de cuanto pudiera acercar al amor de Dios. «Tu rostro buscaré, Señor», aunque ello suponga increíbles sacrificios y heroica renuncia. Realizar tan admirable proyecto no iba a encontrar siempre ni la facilidad ni la comprensión. Pues las ansias nunca se saciaban. El corazón siempre estaba inquieto y desasosegado, pues sólo Dios podía colmar tan grandes deseos, según conocidas expresiones de San Agustín y de Santa Teresa. «Pues por muy altas que sean las noticias que al alma se le den de Dios en esta vida, no son más que lejanas asomadas» (San Juan de la Cruz. *Cántico espiritual*, 13,10).

DE LO ANTIGUO Y DE LO NUEVO

Los monjes, que iniciaron este camino, pusieron como fin de su vida lo que es el fin para todo cristiano, pero de una manera radical. Se han consagrado por completo a buscar a Dios. Y para esto han emprendido con todas sus fuerzas el combate espiritual contra todo lo que se lo pudiera estorbar. Han luchado contra los ocho vicios capitales (glotonería, lujuria, avaricia, ira, tristeza, acidia, vanagloria y soberbia), eligiendo como lugar de esa lucha el desierto, y combinando una ascesis muy dura, en la que estaban incluidos el trabajo y el ayuno, con lo que posteriormente se definió como la *Schala claustralium*: *lectio, meditatio, oratio, contemplatio*. Con todo esto se pretendía lograr la paz espiritual y la suprema contemplación alcanzable en esta vida, o, como suelen decir también, la vuelta al Paraíso, el reposo del alma, la quietud del Sabbat.

Los que han intentado dedicarse por completo a buscar a Dios en esta vida, han querido hacer en ésta lo que dice san Agustín que haremos cuando estemos en el cielo: «In patria vacabimus, videbimus, amabimus, laudabimus.» (*De Civitate Dei* 22, 30).

La alabanza antes que nada ha de realizarse en nuestros corazones, como un reconocimiento de las grandezas de Dios y de las maravillas que ha llevado a cabo. Pero difícilmente puede alabar el que no ve ni ama, cosa que no se consigue más que con la dedicación, lo más completa posible, a la contemplación. Y esta alabanza tiene como finalidad llevarnos a nosotros mismos y a los demás a crecer en la reverencia y el amor de Dios.

Quienes en todas las épocas han querido buscar seriamente a Dios, le han dedicado su tiempo, apartándose de los asuntos seculares. Es imposible pensar que se puede uno dedicar a Dios, reservándose para sí su tiempo. Por eso en la expresión *vacare Deo* se encuentra incluido tanto el estar libre o alejado de cualquier asunto o preocupación de las cosas temporales, como el estar consagrado a Dios por completo. En esto iba incluida la convicción de que la perfección de la vida presente consiste precisamente en consagrarse a Dios. Por eso se dedicaron muchos muy pronto en el cristianismo, como fueron los monjes y eremitas, a la vida contemplativa, con el deseo de dedicarse solamente a Dios, apartándose de cualquier cosa que pudiera apartar de esta dedicación. Aunque en cualquier estilo de vida, tiene el cristiano obligación de dedicarse a Dios, pero al elegir este modo especial, huyendo de las preocupaciones de este mundo, puede hacerlo con total quietud y sin estorbo, convirtiéndose las renunciaciones que esta búsqueda de Dios lleva en un auténtico gozar de Dios y en el negocio de los negocios de este mundo (Cfr. Guillermo de San Teodoro, *Epistula ad Fratres de Monte Dei*, párr. 31 y 81).

San Pacomio lo repetía: Que los que viven en esta comunidad «glorifiquen a Dios en la luz de los vivos» (*Preceptos e Instituciones*). Y San Basilio: que el hombre «devenga acepto a Dios en las obras de santidad» (*Moralia*, 2)

«Obedézcase al prepósito como a un padre, guardándole el debido respeto, no sea que Dios sea ofendido en su persona» (San Agustín, *Regla*). «Cuando el monje haya remontado todos estos grados de humildad, llegará pronto a ese grado de amor de Dios que, por ser perfecto, echa fuera todo temor; gracias al cual cuanto cumplía antes no sin recelo, ahora comenzará a realizarlo sin esfuerzo, como instintivamente y por costumbre; ya no por temor al infierno, sino por amor a Cristo, por cierta santa connaturalidad y por la satisfacción que las virtudes producen por sí mismas» (San Benito, *Regla* 7).

«Y después que el Señor me dio hermanos, nadie me mostraba lo que debía hacer, sino que el Altísimo mismo me revelé que debía vivir según la forma del santo evangelio» (San Francisco, *Testamento*).

«Procure, mientras viviere, poner delante de sus ojos ante todo a Dios, y luego el modo de ser de este instituto, que es camino para ir a él, y alcanzar con todas sus fuerzas el fin que Dios le propone, aunque cada uno según la gracia con la que le ayudará el Espíritu Santo y según el grado de su propia vocación» (*Fórmula definitiva de la Compañía de Jesús*),

Podíamos ir recorriendo la vida y escritos de los Fundadores y Fundadoras y siempre encontraríamos a Dios como el centro de su inspiración y deseo. Aquí recordaríamos los nombres y la vida centrada en Dios de Juan Bautista de la Salle, José María Coudrin, María Rafols, Marcelino Champagnat, Joaquina Vedruna, María Micaela del Stmo. Sacramento, Teresa Jornet, Juan Bosco, Antonio María Claret, Vicenta López Vicuña, Enrique Ossó, Santiago Alberione... Y tantos y tantos otros que no tuvieron en su vida otro deseo sino el de buscar el honor de Dios sirviendo generosamente a los hijos de Dios.

En lo de ayer y en lo actual, siempre la vida de las personas consagradas está centrada en Dios. Él es el origen de la llamada, el que guía la vocación como maestro de los maestros, el que consagra. El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. El manantial de la santidad, la garantía de la pobreza, el amor de la castidad, la fidelidad de la obediencia, la razón del testimonio de la caridad.

ANTES QUE NACIERAS, TE ELEGÍ

La vocación es llamada divina, invitación de Dios. Antes de que la madre fuera tejiendo el cuerpo de su hijo en las entrañas, Dios ya conocía y amaba a la criatura que iba a nacer (Sal 139). La vocación, la llamada de Dios, es anterior a cualquier merecimiento del hombre.

En el origen está siempre la iniciativa del Padre. Dios es quien llama y el que consagra y envía. «Este es el sentido de la vocación a la vida consagrada: una iniciativa enteramente del Padre (cf. Jn 15, 16), que exige de aquellos que han elegido la respuesta de una entrega total y exclusiva. La experiencia de este amor gratuito de Dios es hasta tal punto íntima y fuerte que la persona experimenta que debe responder con la entrega incondicional de su vida, consagrando todo, presente y futuro, en sus manos. Precisamente por esto, siguiendo a Santo Tomás, se puede comprender la identidad de la persona consagrada a partir de la totalidad de su entrega, equiparable a un auténtico holocausto» (VC 17).

En el amor con el que el Padre ama al Hijo está la «razón» última de la vocación. Llamados en Cristo, por iniciativa divina, como expresión del amor de Dios y antes de cualquier merecimiento por parte del hombre. Dios es el que

ofrece, y el hombre, libremente, acepta el encuentro interior con Cristo. Es un don gratuito otorgado por Dios para dejarlo todo y seguir a Cristo.

DIOS, PADRE Y MASTRO

Para estar cerca de Dios, y para comprender los problemas de los hombres, hace falta adentrarse en el conocimiento de que lo que Dios ha ido poniendo de sí mismo en la sabiduría de los hombres. «El objetivo central del proceso de formación es la preparación de la persona para la consagración total de sí misma a Dios en el seguimiento de Cristo, al servicio de la misión» (VC 65). «El amor a Dios y a los hermanos es un dinamismo vigoroso que puede inspirar constantemente el camino de crecimiento y de fidelidad» (VC 71).

En la formación todo ha de manifestar el gozo de sentirse propiedad de Dios y de encontrarse con Jesucristo. «Dios Padre, en el don continuo de Cristo y del Espíritu, es el formador por excelencia de quien se consagra a él. Pero en esta obra él se sirve de la mediación humana, poniendo al lado de los que llama algunos hermanos y hermanas mayores. La formación es pues una participación en la acción del Padre que, mediante el Espíritu, infunde en el corazón de los jóvenes y de las jóvenes los sentimientos del Hijo. Los formadores y las formadoras deben ser, por tanto, personas expertas en los caminos que llevan a Dios, para poder ser así capaces de acompañar a otros en este recorridos (VC 66).